

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año II.-Núm. 65

Barcelona 19 de Mayo de 1917

10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA



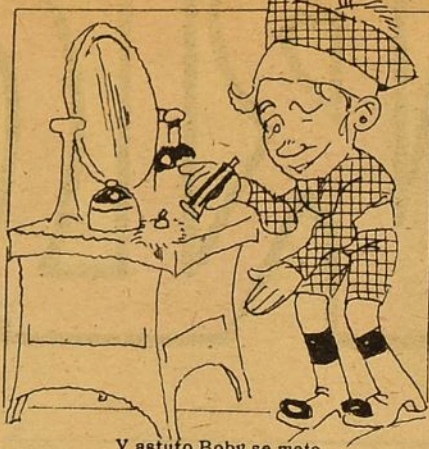
¿Qué les pasa al gran Charlot y a este señor?
—¡Ah! Todo eso se verá en el interior.
Pues si digo porque corren como el viento
estropeo el interés que tiene el cuento...
Y por ello, lo más justo y más formal
será verlo en la página central.

Ayuntamiento de Madrid

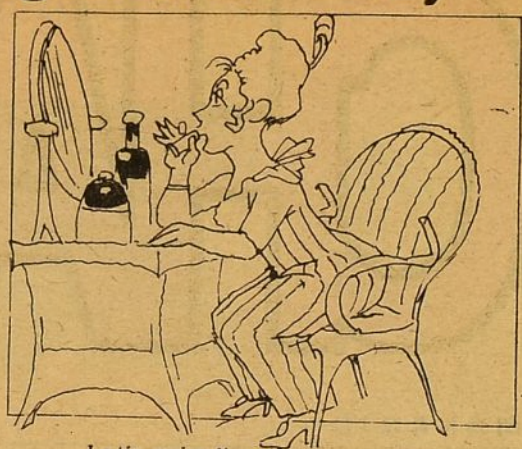
El tubo de cola o la venganza de Bobby



—No está mi tía Juanita. ¡Esta es la gran ocasión de vengar el coscorrón que me pegó la maldita!



Y astuto Bobby se mete en el cuarto de su tía y cambia con picardía un tubo de colorete.



La tía, mujer discreta, mas, bella y mujer al fin, creyendo que es el carmín usa el tubo de la treta.



Y al acercarse su esposo se quedaron sorprendidos al verse ambos unidos en un beso pegajoso.



Con la cola que obtenía vengóme el tubo al instante. De esta vez en adelante no se pintará mi tía.

FÍSICOS

¡Que caras! ¡Que caras!

No creais que me refiero a algún artículo de primera necesidad, no. Demasiadas gentes se ocupan de las carestías para que hable yo una vez más. Me refiero a algunas caras, a algunos rostros, a algunos físicos como diríamos en lenguaje chulesco, castizo, madrileño. ¿Que a que fin semejante exclamación? ¡Ay! Para todo hay. Ocurre cada caso y cada cosa que cataleptizan a domicilio. Quedo quedó cuando se lo contaron pero quedo quedé yo también cuando lo oí. Repito que para todo hay (no penseis que nado en la abundancia, nada de eso).

Figuraos que de pronto se marcha mi amigo con quien iba de paseo, pero a una velocidad que me hizo pensar si llevaría en el estómago algún 40 HP. Después de mucho discurrir admití la hipótesis de que vería al casero y habría huido de él como alma que lleva el diablo, sin tiempo para despedirse, pero hoy he salido del error saliendo unos momentos de paseo con él. Es un atolondrado de primera como el lector verá.

—Hola amigo. ¿Como es que te marchaste ayer como un loco, sin decir nada, sin despedirte...

—Calla.

—¿Que?

—Que calles.

—En verdad que parecen estiercoleros. Estas calles...

—Digo que no hables.

—¿Porqué?

—No me hables de eso... ¡Hasta las nueve! Hasta las nueve detrás de ella, y luego que la vi tal como era, sin aquel tul por la cara, sin aquel sombrero que la ocultaba, y ¡horror! después de tres horas tras ella como un perrito faldero, resultó ser ella el perro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues nada, peor que un perro. Una cara que parecía decir «he sido cabó de carabineros».

—¿Ves? ¿Cuándo vas a convencerte? Vécete a ti mismo.

—Con-vencerte no sacas nada.

—Pues no te venzas. En esto mi amigo se apartó un poco. Era ya casi de noche, no distinguiría bien, el caso es que le soltó la flor mejor de su repertorio a un guardia; señores, a un guardia municipal y con más bigotes que ni Hindenburg.

—Pero hombre, ¿qué has hecho?... si es un guardia.

—Anda, ahora si que la metí honda.

El guardia, resentido por la guasonería del pollo, se las cobró. ¡Vaya si se las cobró!

—Usted, oiga. Usted, sí, usted. Végase a la prevención conmigo...

—Yo no tengo allí ningún quehacer...

—Es que me ha gustado el piropeo y en la Comi quiero apuntarlo pa que no se me olvide.

—Apunte V. todo lo que quiera pero no dispare.

—Aún tiene ganas de broma... véngase V. conmigo.

Quieras o no, el pollo acompañado del guardia o el guardia acompañado del pollo (el orden de factores no altera el producto), emprendieron el camino de la prevención más próxima. Yo los seguí a distancia y les vi entrar por una puerta de cristales en la que se leía «Inspección de vigilancia». Demonio... esos guardias... ¡hay para temerles!

Creo que habrá salido ya de su arresto... tal vez saliera entonces mismo, la misma noche, porque seguramente que chocó el asunto al jefe.

En otra ocasión me contó un amigo cierto suceso sucedido a él mismo «ante sus propios ojos».

Viajaba en un coche de segunda. El departamento estaba solamente ocupado por él, y una muchachita que parecía *misimamente* una figurita de Byscuit. Cuando subió al coche y previó «la soledad de dos en compañía», se alegró, creyó reproducir el poema de Campoamor, aún que el tren no era ningún exprés, sino un «burro» de carga de los más *haraganes*. Para ello solo este inconveniente había. Hasta el lucero asomaba ya para que todo fuese más completo. El tren arrancó, el vagón casi a oscuras. Mi amigo hablando *hasta por los codos* sin conseguir de su compañera más que monosílabos. Se creía ya enamorado pero cuando más entusiasta era su verborrea, se encendió el quinqué del techo, y... si llega a ser acróbata se tira de cabeza por la ventanilla. Pero fué más prudente. Cogió el equipaje y en la primera estación, con la excusa de haber llegado a su destino se cambió de coche... tan fea era.

No me extrañan semejantes cosas y casos pues otras mayores hace C. Rojo con Cocoliche y Tragavientos pero me sabe a cuerno quemado (se dice que el cuerno quemado sabe muy mal) el que haya mujeres feas. En los hombres aún pasa pero en las mujeres es intolerable, de todo punto intolerable. El hombre—dijo no sé quien—«un poco más feo que el diablo ya vale», pero las mujeres, ¡por Dios, las mujeres!



menso cafarnaum, de todos los vagabundos, donde se jugaba el polvo de oro con el revólver en una mano y el cuchillo en la otra.

Pero aquel tiempo ya pasó.

San Francisco presentaba el aspecto de una gran ciudad comercial.

La elevada torre del palacio Consistorial, donde velan los vigías, dominaba todo el conjunto de calles y avenidas cortadas en ángulos rectos, entre las cuales había plazas con alegres y frondosos jardinitos; luego una ciudad china que parecía traída de encargo desde el Celeste Imperio en una caja de juguetes.

Ya no se veían sombreros hongos, ni camisas rojas, tan en boga entre los buscadores de oro, ni indios adornados con plumas, sino sombreros de seda y levitas negras, llevados por un gran número de "gentlemen" que parecían dotados de una actividad devoradora.

Algunas calles, entre otras Montgomery-street — especie de Regent-street de Londres, boulevard de los italianos de París y Broadway de New-York, — tenían almacenes espléndidos, en cuyos escaparates se ostentaban los productos del mundo entero.

Cuando Picaporte llegó al Internacional-Hotel le parecía que aquello era como si no hubiese salido de Inglaterra.

El piso bajo del hotel estaba ocupado por un inmenso "bar", especie de comedor en el que se servía gratis a todo transeunte cocina, sopa de ostras, gallina y queso de Chéster; no se pagaba allí más que la bebida: Ale, Oporto o Jerez, si se tenía el capricho de refrescar; lo cual pareció a Picaporte muy americano.

El restaurant del hotel era excelente. Mr. Fogg y mistres Auda se instalaron delante de una mesa y fueron abundantemente servidos en platos liliputienses por negros del más subido color.

Después de almorzar, Mr. Fogg y mistres Auda salieron del hotel para dirigirse al consulado a fin de hacer visar el pasaporte.

En la acera encontró a su criado, que le preguntó si antes de tomar el ferrocarril del Pacífico no sería conveniente comprar algunas docenas de carabinas Enfield o de revólveres Colt, porque había oído hablar de los siux y de los pawnees, que detienen los trenes como si fueran bandidos españoles.

Mr. Fogg respondió que era una preocupación inútil, pero le dejó en libertad de obrar como quisiera.

Luego se dirigió al consulado.

Aún no había dado Mr. Fogg doscientos pasos, cuando "por una rara casualidad" encontró a Fix.

El inspector aparentó la mayor sorpresa. ¡Cómo! ¡Haber hecho juntos la travesía del Pacífico y no haberse visto a bordo!

De todos modos, Fix se manifestó muy honrado al ver nuevamente a aquel "gentlemén" a quien tanto debía, y ya que sus negocios le llevaban a Europa, tendría una satisfacción en continuar su viaje en tan agradable compañía.

Mr. Fogg respondió que el honor era para él, y Fix que tenía empeño en no perderlo de vista, le pidió permiso para visitar con él la curiosa ciudad de San Francisco, a lo cual accedió Mr. Fogg de buen grado.

Los tres viajeros emprendieron, pues, su paseo por las calles, y pronto llegaron a Montgomery-street, donde había una inmensa afluencia de gente.

Las aceras, el centro de la calle, los rails del tranvía, a pesar del tránsito incesante de carruajes, las puertas de las casas y de las tiendas, las ventanas y hasta los terrados, todo se hallaba invadido por la multitud.

Entre los grupos circulaban hombres-carteles, banderas y banderolas flotaban al viento, y por todas partes resonaban voces atronadoras.

—¡Hurra por Kamerfield!

—¡Hurra por Mandiboy!

Aquello, en concepto de Fix, era un "meeting", quien comunicó su idea a Mr. Fogg, añadiendo:

—Creo, señor, que haríamos bien en no mezclarnos con esa barahunda, porque podríamos recibir algún golpe.

—Tenéis razón—respondió Mr. Fogg,—porque los golpes, aunque sean políticos, no dejan de ser golpes.

Fix creyó deber sonreír al oír esta observación, y a fin de ver sin ser atropellados, mistres Auda, Mr. Fogg y él subieron a la meseta de una escalera que daba a una azotea situada en la parte alta de Montgomery-street.

Delante de ellos, entre una carbonería y un almacén de petróleo, había una gran mesa al aire libre hacia la cual parecían converger las diversas corrientes de la muchedumbre.

¿Cuál era la causa de aquel "meeting"?

¿Con qué objeto se celebraba? Mr. Fogg lo ignoraba por completo.

¿Se trataba del nombramiento de un alto funcio-

(Continuará)

Nuestras visitas

TRAGAVIENTOS

Oprimo el botón de la puerta, y aparece una doncellita rubia.

—¿Qué desea, caballero?

—Hablar con el genial ayudante de Cocoliche.

—Pase usted.

Traspaso un pasillo, y me encuentro en una habitación decorada lujosamente. Las paredes están llenas de retratos de detectives famosos.

Tragavientos, con su amabilidad acostumbrada, estrechó mi mano.

Es el antiguo James Jamas, un hombrecillo simpático, de un metro escasamente de talla, sus ojos danzan continuamente en sus órbitas.

—¿Y qué se le ofrece, querido colaborador de CHARLOT?

—Nada, quería hacerle unas preguntas respecto a sus aficiones detectivescas.

Que yo contestaré con todo mi corazón.

Me ofreció un magnífico habano, y él encendió su pipa.

—Puede preguntar.

—¿Cómo es que usted, el millonario argentino James James, cambió su nombre por ese pseudónimo, por el cual lo conoce todo el mundo?

—Por amor y admiración al hombre que me salvó de una muerte cierta.

—¿Cocoliche, verdad?

—Sí; ese hombre por el cual daría yo mi existencia y mis millones.

—¿Qué asunto le ha gustado a usted más, en su accidentada carrera detectivesca?

El célebre detective Tragavientos contesto sin vacilar:

—El asunto de los Juramentados de La Serpiente Roja.

—¿Y qué facineroso le causa más admiración?

—Zigomar, Raffles, Rifles y Jon C. Jakson.

—¿Y piensa usted retirarse pronto del detectivismo?

—Creo que tardaré mucho, lo más regular cuando lo desee C. Rojo.

—¿Por qué?—pregunté maravillado de la influencia que ejerce sobre Tragavientos, C. Rojo.

—Porque así lo juré hace un año.

Callamos un momento; el humo de mi cigarro hacía caprichosos dibujos en el aire.

—Cuénteme alguna de sus innumerables aventuras.

Y Tragavientos, con la modestia que le caracteriza, comenzó un relato de su vida.

—Fue hace dos años, en Constantinopla, mi maestro corría tras un famoso estafador, y yo sólo en la capital de Turquía me aburría soberanamente.

Me paseé por frente al harém de Mustafá I, admirando el magnífico estilo arabesco del inmenso palacio.

Cuando las sombras de la noche se posaron sobre la capital misteriosa, dos eunucos me lanzaron un capuchón que despedía un penetrante perfume.

Aterrorizado pasaron por mi mente las historias que corrían por mi pueblo, sobre la fanática Constantinopla.

Crímenes espeluznantes, mutilaciones espantosas, cadáveres arrojados al Bósforo, y perdí el conocimiento, esperando no volver a ver el sol.

Cuando desperté, me encontré en un cojín de ter-

ciopelo verde. Frente a mí estaba un hombre barbudo de mirada profunda y vestido con un traje corte inglés y un gorrito rojo con unas borlas colgando.

Lancé una carcajada y los eunucos del harém se asustaron.

Mustafá I me preguntó en correcto inglés:

—¿Es usted detective?

—Sí.

—Me lo figuraba—murmuró el sultán.

—Soy Tragavientos—dije con cierto orgullo.

El sultán me miró en silencio y comenzó:

—Pues, a ver si usted me encuentra un diamante que tengo escondido aquí en este salón.

—¿Y si yo no quiero?

—Te cercenaré de un tajo con un yatagán la cabeza.

—¿Con qué derecho?

—Con el mío.

—Me quejé al cónsul español de este atropello.

El sultán sonrió y preguntó zumbón:

—¿Después de muerto?

Comencé a buscar el diamante salvador.

El sultán me animaba, y cuando me acercaba al sitio donde estaba el diamante, gritaba:

—¡Te quemas!

Por fin lo encontré en la boca de un eunuco.

En aquel momento entró en la cámara un pobre diablo.

—Señor, este hombre que estaba dentro del harém.

El sultán ordenó:

—Que se cumpla el artículo 5 del Korán.

Los esbirros entraron en una habitación, y poco después salían con una bandeja de plata sobre la cual había la cabeza del infeliz diablo.

—¿Y usted, Tragavientos, cómo se salvó?—pregunté, intrigado, por la aventura.

—Muy fácil; el sultán me perdonó la vida con la condición de que otro día jugaríamos al escondite correá, para divertirnos con aquello de — frío, frío — como el agua del río.

—¿Y ahora no tiene usted trabajo?

—¡Oh, sí!, estoy escribiendo un tomo con todas las aventuras de mi vida, y la de mi maestro Cocoliche.

—¿También escritor?

—De todo, yo soy una enciclopedia.

—¿Le gusta a usted el teatro?

—Sí, mucho.

—¿Y el cine?

—Mucho más. Sobre todo cuando trabaja Charlot. La conversación recayó sobre la actual guerra.

—¿Es usted germanófilo?

—Soy completamente neutral; las guerras no me gustan; es retrasar la civilización.

La doncellita rubia de Tragavientos anunció:

—Señor, una mujer enlutada pregunta por usted.

—Me despedí de Tragavientos, para no interrumpir la visita.

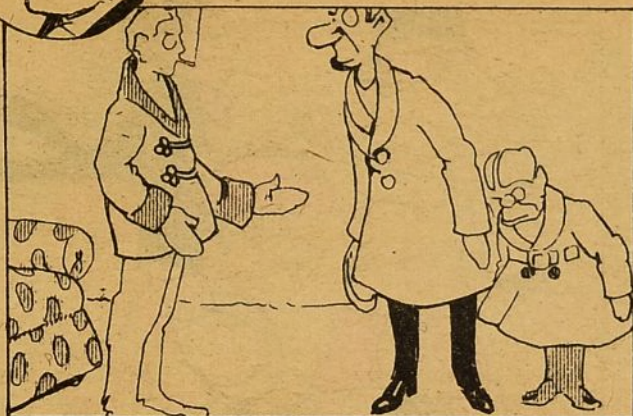
Y ya en la calle, iba pensando en lo curiosas que han de ser sus aventuras y espero con ansia conocerlas para poder enterar a nuestros lectores del origen de tan misteriosos personajes.

Pedro Sánchez Bosqued.



Cocoliche

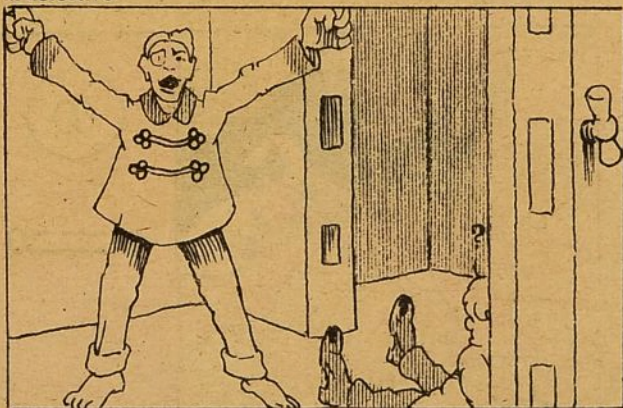
el Rey de los detectives, contra Lord Finuelle
(a) JON. C. JAKSON, el rey de los ladrones



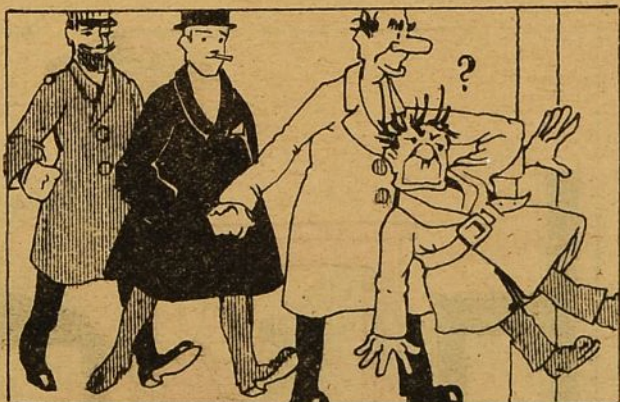
—Sir Crombell; ya se habrá V. enterado de la captura del famoso ladrón de guante blanco?—Efectivamente, querido Cocoliche, pero temo que su reclusión no sea duradera.—No hay cuidado, la celda donde está es bien segura; pero de todos modos, pongo a mi ayudante a su disposición...



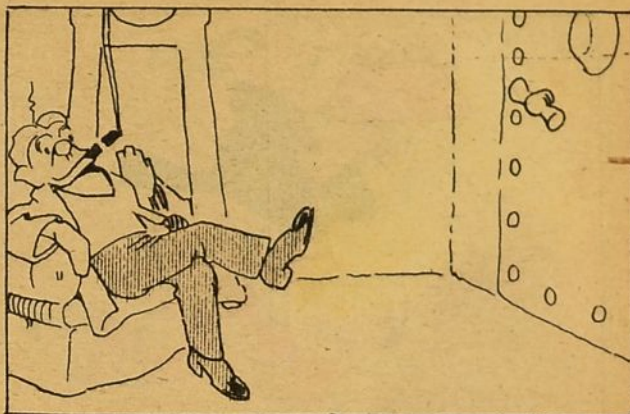
Apenas habían transcurrido un par de horas, y cuando más desprevénido se hallaba Tragavientos, apareció la figura de Jon C. Jakson, que saliendo de la caja del reloj, apuntaba con su broving al detective.



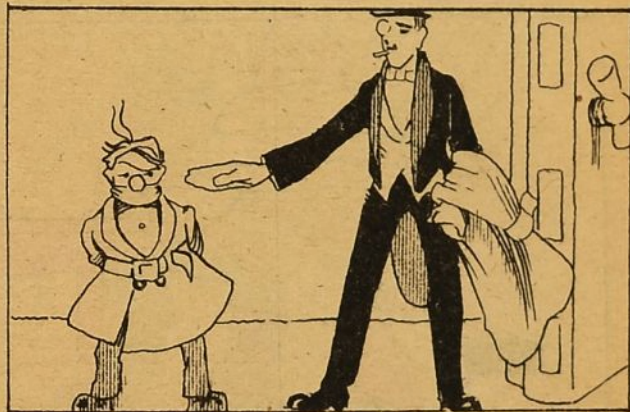
Poco rato después, se entregaba Sir Crombell a la desesperación al ver su caja vacía, mientras Tragavientos esperaba pacientemente que le libertaran de las cuerdas que le paralizaban.



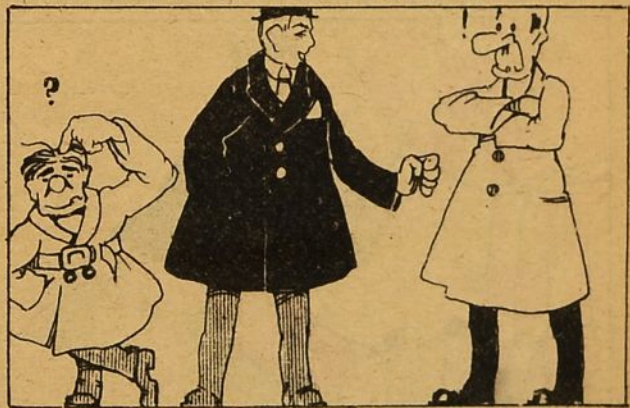
Y para convencerse de la realidad, encaminaron sus pasos hacia la prisión; Cocoliche, seguro de encontrar en la celda a Jon C. Jakson y Tragavientos, convencido de que el pajarito habría abandonado la jaula...



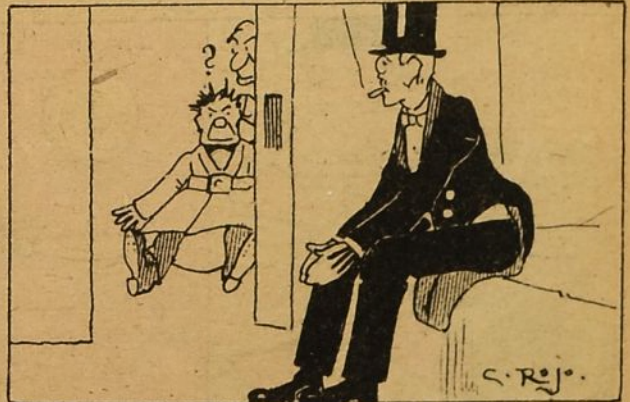
Y después de cerrar todas las puertas, Tragavientos se acomodó en un sillón y se dispuso a custodiar durante aquella noche la caja de Sir Crombell.



—No se apure, amigo—decía el ladrón misterioso;—esa mordaza y las ligaduras que le he puesto, es solo interin aligeraba la caja de Sir Crombell. Pronto llegarán los de la casa y le librarán de esa molestia. ¡Ah! Decidle a vuestro maestro, que si me he apoderado de estos cuantos miles, es con objeto de darles mejor colocación.



—Sí, señor Cocoliche; el ladrón del guante blanco ha saqueado mi caja.—¡Que ladrón ni que alcachofa! respondió Cocoliche; tengo la seguridad de que a Jon C. Jakson le ha sido imposible evadirse. —¡Si estaría yo soñando! replicó Tragavientos.



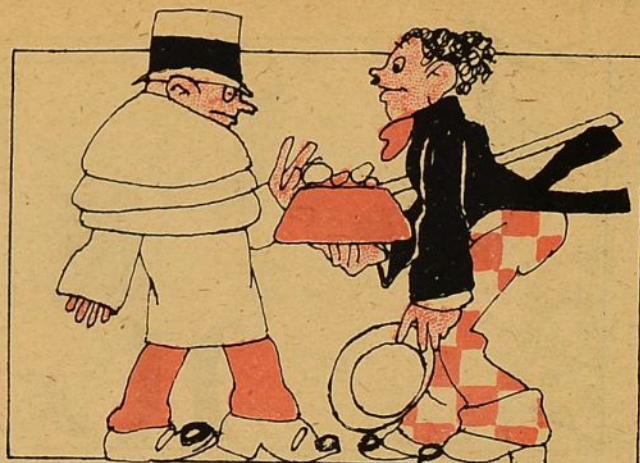
—¡Cocoliche, Cocoliche! ¡Esto es para volverse loco!—gritaba Tragavientos.—No te lo decía,—respondió Cocoliche,—el fugarse de esta celda es imposible.—Pero, si me tuvo en la punta de su pistola! ¿Qué es esto?...

(Continuad)

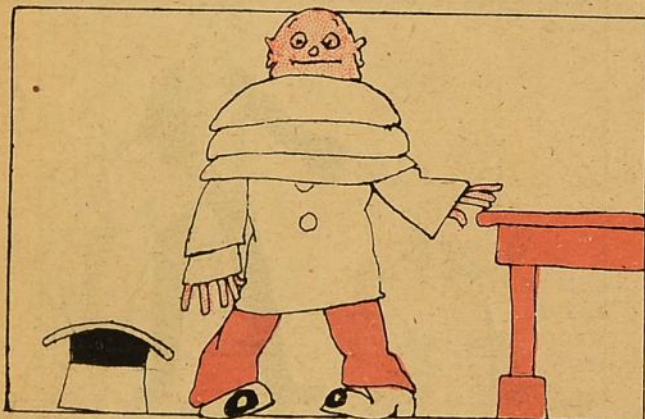
Por un dulce codiciado, li



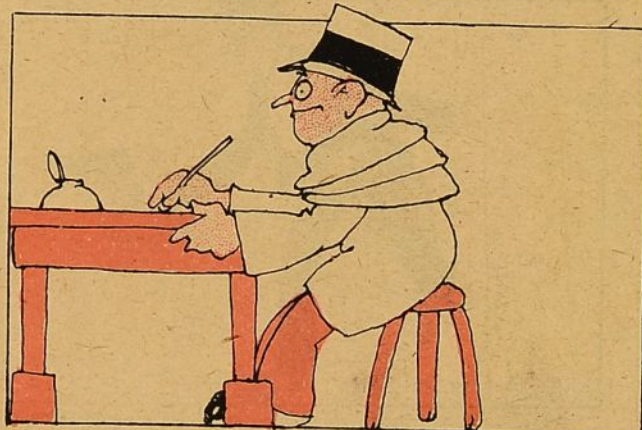
Con motivo de la fiesta onomástica de un pariente lejano, compra un exquisito dulce, tan ídem que le obliga a relamerse los labios de satisfacción.



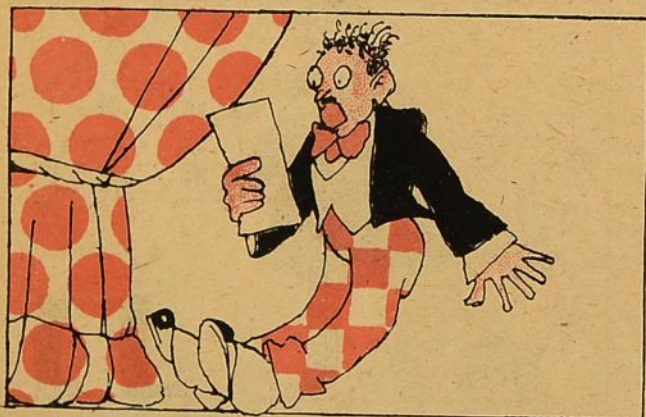
Por el camino encuentra a Procopio, un vecino tan envidioso como avaro, que con mal fingidas muestras de contento, pretende encubrir lo que le sugiere su desenfadada gula.



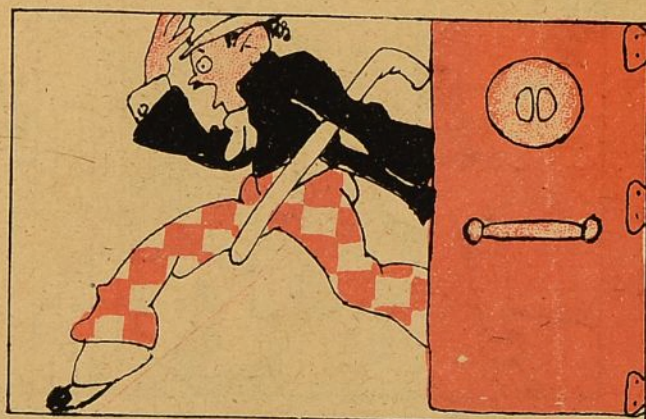
Ya en su casa no da tregua a su mente hasta dar en una idea tan luminosa como varias bujías incandescentes. Se propone nada menos, que comérselo a Charlot su empanada.



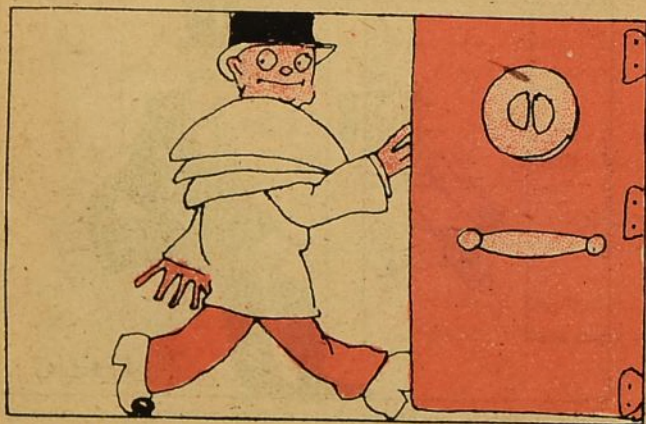
Para ello, escribe a su vecino, que a una tía política suya le han dado siete vahídos, habiéndole salido además un divieso en el occipucio oriental.



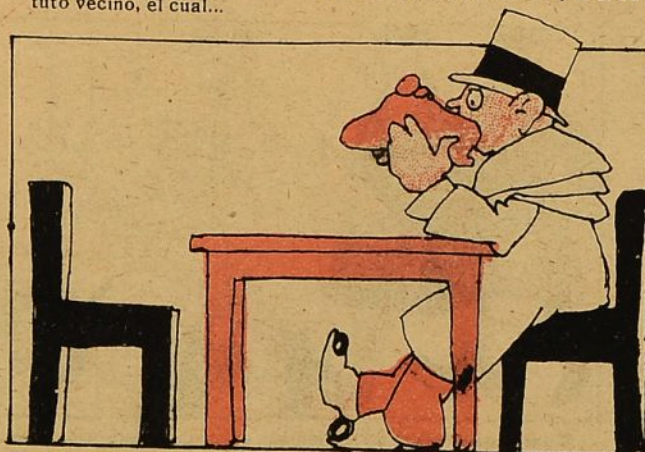
Al leer Charlot lo de siete vahídos, le da uno a él, con lo cual son ocho. Vuelve en sí, se entera del divieso y casi le da otro ataque en la región lumbar.



En el acto se pone en marcha, mas, con la precipitación se le olvida de cerrar la puerta, cosa absolutamente prevista por el astuto vecino, el cual...

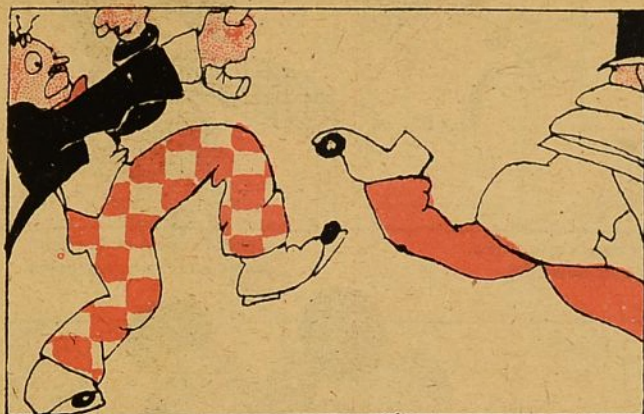


apenas vé a Charlot volver la esquina, se entra clandestinamente en el piso del incauto, resuelto a incautarse del anhelado dulce en empanada.

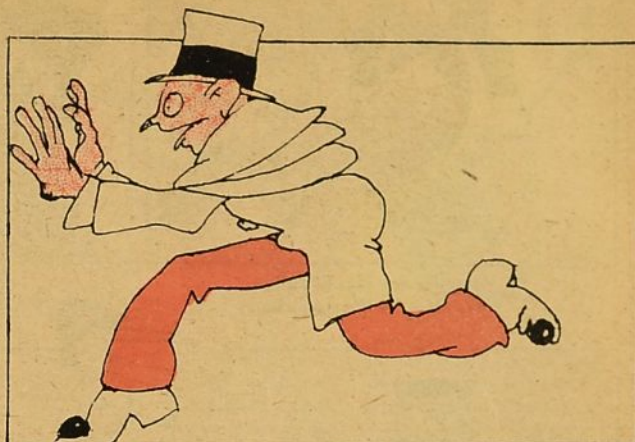


Al comérselo indecorosamente nota que su gusto oscila entre el de almíbar en pasta y mazapán relleno, lo que no deja de obligarle a cierta deliberación.

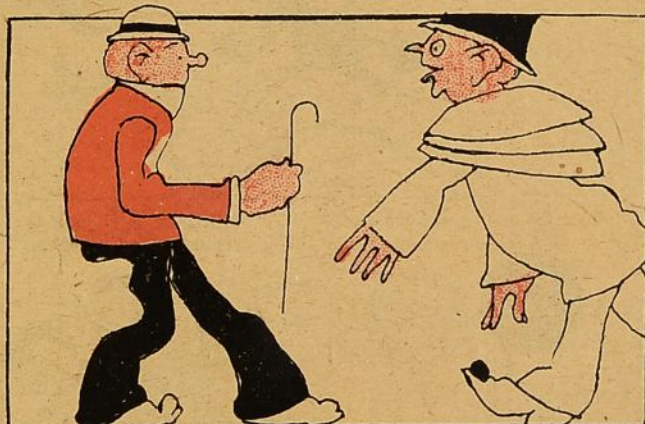
ado, liente lío se ha armado



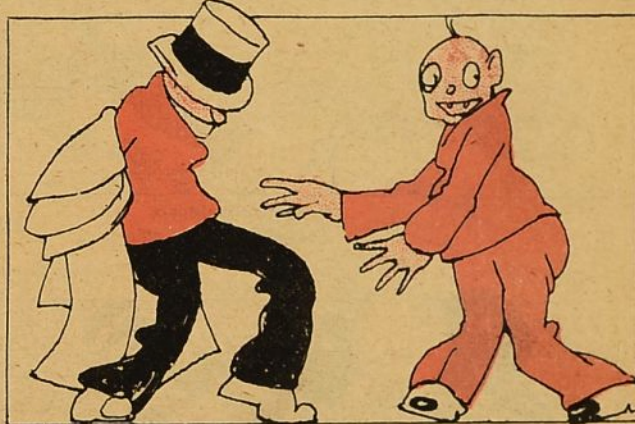
Mas... llega Charlot completamente desengañado, fúgase el intruso aunque con la pítanza en el buche, y persíguele el interfecto con aire de furiosa cólera.



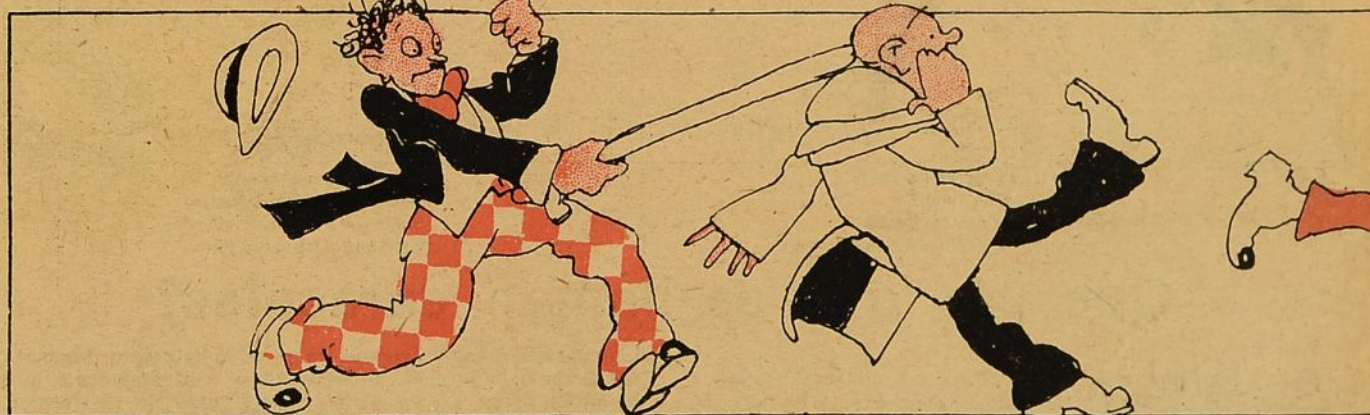
Procopio, dando enormes zancadas, consigue poner terreno entre él y su perseguidor, que dándole la manía persecutoria no cesa de proseguir en su persecución.



El fugitivo, inquieto por su sombra encuentra a Mentecatez.—Hola, amigo; qué te parece mi gabán? No sabes lo que padezco por no tener espejo donde contemplar el efecto que hará sin duda:



Si tu fueras tan amable y quisieras ponértelo un momento, me quitarías sin duda más que un peso de mis espaldas.— Hombre, si tanto te empeñas—dice el otro (paloma inocente).

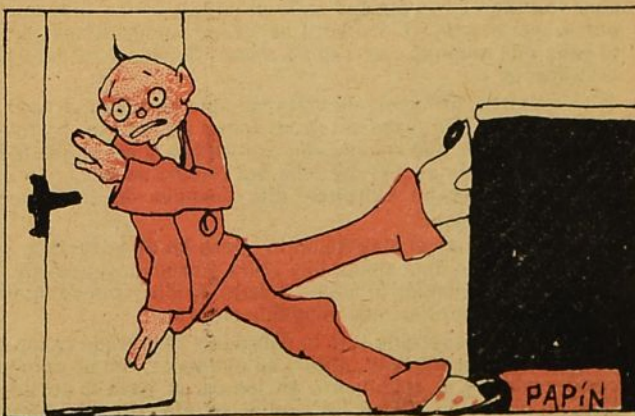


Llega Charlot. ¡Ah! por fin te tengo, miserable usurpador de pastas azucaradamente alimenticias; por ahí sentirás el peso de mi enorme si que fulminante ira.— Y en el acto le descarga al inocente de Mentecatez, una estupefaciente paliza, mientras el verdadero culpable se fuga por el margen del dibujo.



Por fin, Charlot se da cuenta: ¿Cómo? ¡Mi víctima no es Procopio!

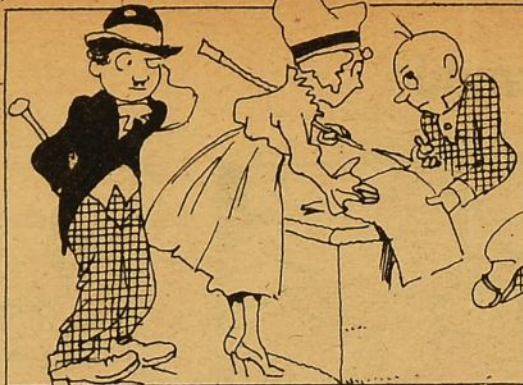
—¡Usted dispense, caballero!—Gracias!—No hay que dadas



En cuanto a Procopio, verdad que se libró de la paliza pero su miedo llegó a tanto, que estuvo cuarenta días y cuarenta noches atrancando la puerta por miedo a que no le atrancaran.



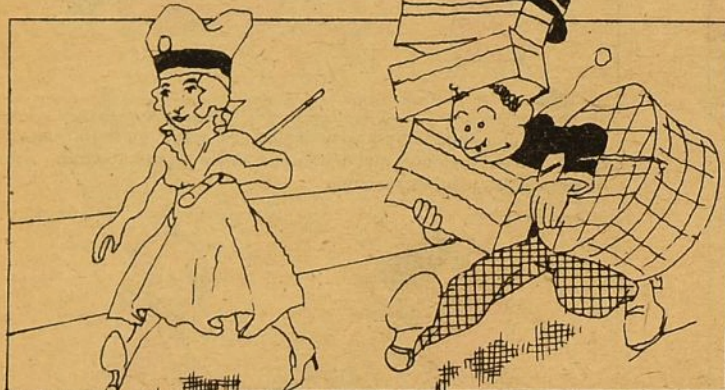
De compras Mabel salió y Charlot la acompañaba



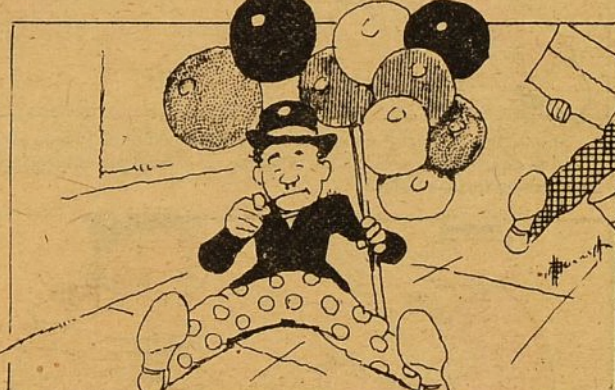
y en una tienda compraba tantas cosas como vió.



Cargado como un borrico con lo que comprado había,

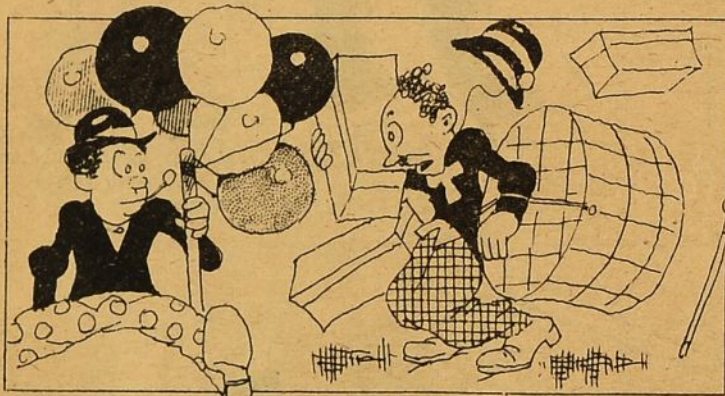


su destino maldecía y sudaba el pobre chico.

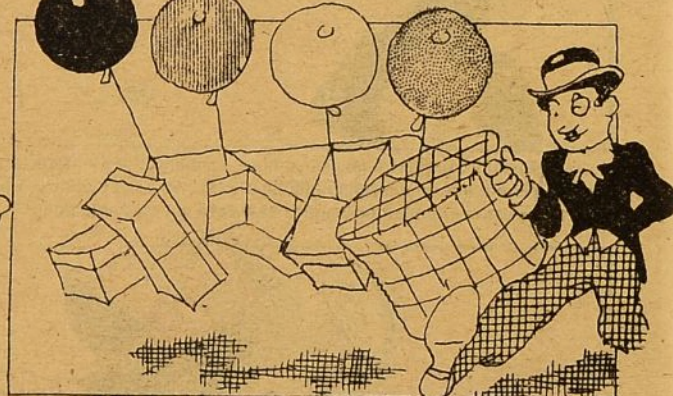


Globos de goma vendía un mercader ambulante

y Charlot en el instante reparó en la mercancía.



—Por tres pesetas las cedo si todas os las quedáis.
—En diez reales las dejáis?
—Bueno.—¿Sí? Pues me las quedo.



Y de este modo sencillo transportó la impedimenta.
¡Señor; que cosas se inventa!
¡Oh Charlot! ¡Si será pillo!

Que por qué se llaman caracoles?

Allá vá.

Allá en los tiempos de Esopo, cuando tuvo lugar la célebre batalla del rey de las fieras con el emperador de las sabandijas, estos animalitos de mi cuento, se llamaban simplemente *caras* y como es sabido que jamás aprendieron el paso ligero ni aún el ordinario por impedírsele su voluminosa mochila-garita; cierta noche, después de una jornada corta y penosa (no digo larga porque no lo creerán), se les hizo noche, por lo que el señor Coronel, 1.º jefe, después de mandar alto (aun que nadie lo era) reunió a sus oficiales y les habló en esta forma:

—Señores oficiales: en vista de que nuestras tropas no podrán llegar a la plaza antes del toque de retreta, he tenido a bien disponer que reúnan sus compañías y las alojen debajo de esos *ajos* que a la derecha del camino se ven.

—A la orden, mi Coronel—dijo después de cuadrarse el ayudante de campo.

—Dispénseme el atrevimiento, pero he de advertirle que a este otro lado del camino hay *coles* y creo que nuestros soldados pasarían mejor la noche debajo de ellas puesto que cada una puede cobijar una compañía entera.

Viendo el venerable jefe la sobrada y resobrada razón que le sobraba a su sobrado, digo a su ayudante, dió la oportuna contraorden, y el regimiento de los caras pasó la noche debajo de las coles, y gracias a ellas se libraron de una gran nevada que cayó.

Pasó la noche, y gracias a la sabia geografía, después de ésta llegó el alba; la banda de cornetas entonó su alegre y re-

glamentaria diana y después de pasar la lista de ordenanza y dar parte a los jefes de las novedades, el regimiento se puso en marcha para regresar a su cuartel; mas, lo verificaron a tiempo que el cornetín de órdenes de S. E. tocaba parte, y el señor Coronel, jefe de los caras, redactó el siguiente:

«A V. E. dá parte el jefe que suscribe, de haber pernocado las tropas de su mando fuera de la plaza por no haber tenido tiempo para regresar a la misma. También dá parte de haber pasado la noche debajo de unas coles por no disponer de tiendas de campaña».

Visto el parte por el general en jefe de las tropas y notando que en ningún otro sitio podían haber encontrado mejor alojamiento, creyó esto un mérito y quiso premiarlo; más como en aquellos tiempos se desconocía la cruz de hierro y las condecoraciones modernas, publicó la siguiente orden:

«Enterado del morrocotudo acuerdo que ha tenido el jefe del regimiento de los caras, para darles a sus soldados el mejor alojamiento que sabandija viviente pudo imaginar, he tenido a bien de premiar este mérito con el subnombre de *coles* para conmemoración de los tiempos futuros, llamándose en lo sucesivo *caracoles*».

Publicada la orden y enterado el jefe de los caracoles, llamó a su ayudante y con tono afable le dijo:

—Gracias, hijo mío; si no hubiera sido por tu advertencia, nuestras tropas se hubieran helado.

Colmos y



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribese Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

Chiste	por	Sendercito
Vaya un sordo	por	Marianojuan
Sin título	por	Papot

monadas



Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

COLMOS

—El colmo de la oscuridad:
—Negros fabricando betún en el interior de un túnel una noche sin luna.

Jonson

—El colmo de un carpintero:
—Poner cola a las faldas.

Paco Arquero

—¿Cuál es el colmo de un Boy-scout?
—Morirse de hambre llevando cuatro bollos en el sombrero.

Jonson

ENTRE AMIGOS

—Ya ves, nosotros tan pobres, y en cambio Pedro tirando el dinero por la ventana.
—Oye, y a qué calle da esa ventana?

V. Martín

CHISTE

Telegrafiaba el cabo de la guardia civil al alcalde de un pueblo hablando de un criminal: «Le retengo en el calabozo hasta saber que destino quiere V. darle». Y aquel, indignado, exclamó:
—Prendelo por ladrón y entóavía un destínico?

Adelita Peyrona

ENTRE ANDALUCES

—Yo he visto una máquina que se introducen los cochinos enteros y salen los chorizos. A lo que replica el otro:
—Pues yo he visto una máquina que se echan los cochinos enteros y salen los chorizos, se prueban, si no gustan los chorizos sale cerdo.

Eliseo M.

PARECIDO

—En qué se parece un hombre listo a un calvo?
—Pues... en que no tiene pelo de tonto.

Ali-Kate

SIN TÍTULO

—¿Qué dimensión suelen tener los carros?
—Los carros tienen siempre dos varas.

Santiago Santacreu

EN UN HOTEL

—Pero usted me pone en la cuenta una cama a diez pesetas por ella, cuando le consta que, por falta de sitio he tenido que dormir en el billar.
—Pues por eso mismo, caballero. Ya sabe V. que los billares se pagan a peseta por hora.

F. Llauredó

CHARLOTISTA HASTA MORIR

—Hola Pepel Me tendrías que hacer un favor.
—Manda.
—¿Que te iría bien, dejarme un par de dureros?
—Imposible.
—Hombre, no digas eso, que no será porque no los tienes.
—¿Quieres saber porqué no te los dejo?
—Por patriotismo.

—Si te los dejaba sería inglés; y yo ya sabes, Charlotista hasta morir.

Sebastián Mollet

UNA APUESTA

—Angel, apuestas una peseta a que consigas que te conozca un ciego?
—¡Farolista! Apostada a que no lo consigues.
—Toma este alfiler y pínchale.
—¡Golfo, granuja, canalla, bandido!—gritó el ciego.
—¿Lo ves? Venga la peseta, porque te ha conocido.

Americano Agenciero

MISCELÁNEA

A la puerta de una iglesia:
—Conque caballerito,—dice la suegra dirigiéndose al recién casado—calavera incorregible. ¡Ya está usted casado! Ahora a tener juicio y cuidado con las locuras.
—Señora,—contesta el joven— prometo a V. que esta será la última.

J. Granada

EN UN CAFÉ

Mozo.—Señor, son treinta.
Cliente.—¿Como! ¿Me han aumentado la tarifa?
Mozo.—Con música vale quince el café.
Cliente.—¡Ah! Bueno, tome.
Mozo.—Pero son treinta y estos son veinticinco.
Cliente.—Quince míos y diez de mi compañero.
Mozo.—¿Y porqué diez de su compañero?
Cliente.—Porque es sordo, hombre.
Mozo.—¡Ah!

Adolfo Azner

SIN TÍTULO

—¿En qué se parecen los caballos de carrera a la Policía.
—Pues en que si despistan están perdidos.

Lulú

EN UN EXAMEN

El Profesor.—¿Porqué el cerdo lleva la cabeza baja continuamente?
El discípulo sin vacilar:
Porque se avergüenza de que sus padres sean unos cochinos.

A. Nicolás

ENTRE BATURROS

—Mira nindre, que cicleta.
—No seas gruto pa hablar; esos se llaman cilipodos.

El K. Bolo Pez

EPÍGRAMA

Mal ha predicado el cura,
dijeron unas devotas,
y yo repuse: es verdad,
hablaba a tontas y a locas.

Antonio Romero

SIN TÍTULO

—¿En qué se parece Fatty a un tendero?
—En que pesa mucho.

Dionisio Martín Díaz

EN UN RESTAURANT

El cliente.—Este mantel está sucio.
El mozo.— Ya sé que lo está; pero, ¿qué quiere que haga, si le he dado vuelta dos veces?

J. Ramos

EN UN EXAMEN

—¿Cuántos derechos conoce V?
—Bastantes.
—A ver, diga V. algunos.
—El derecho civil, el derecho político, el derecho internacional...
—¿No recuerda V. Alguno más.
—Sí, señor.
—¿Cuál?
—El derecho de consumos.

Luis Gas

SIN TÍTULO

—Desde lo alto de este pico— dice el guía—un viajero se precipitó el año pasado, en el abismo.
—¿Efecto de una desgracia?
—No; se tiraría por gusto.

Mariano Casas

LECCION

—Niño; este dedo se llama meñique porque es el más pequeño, además se llama auricular porque se mete en el oído. Ahora bien, este otro (señalando el índice) ¿cómo se llama?
—Narizcular, porque se mete en las narices.

F. y A.

LO OFRECIDO ES DEUDA

A una señora se le ha escapado de la jaula un canario que tenía en gran aprecio, y en su deseo de recuperarlo, ha puesto en los periódicos, ofreciendo la consabida recompensa al que lo devuelva.
Al día siguiente se presenta en su casa un muchacho con un gato.
—¿Qué quieres?—le pregunta.
—Vengo por las diez pesetas que me promete V. en el periódico al que le devuelva el canario.
—Muy bien, pero ¿dónde está?
—Aquí; dentro del gato. Puedo asegurar a V. que yo mismo se lo he visto comer.

Florinda M.

SIN TÍTULO

Hijo mío,—escribía un aldeano a su hijo, soldado de uno de los regimientos de guarnición en Madrid:— El objeto de la presente es para prevenirte que estoy muy descontento de tu mala conducta. Si los trancazos pudiesen escribirse, ya hubieras recibido de mi mano una buena tunda.
Tu madre sigue buena, y te manda adjunta una letra de cincuenta reales sin que yo lo sepa.

S. Robert

SIN TÍTULO

—¿Has llevado la cuenta al senador?
—Sí, señor.
—¿Y qué te ha dicho?
—Que se la lleve al demonio.
—¿Y tú que has hecho?
—Traérsela a usted.

L. Jiménez



PASATIEMPOS



Soluciones al núm. 64

Rompecabezas

Pan con pan comida de tontos.

Logogrifo numérico

Santiago.

Comprimido

Estados Unidos.

Fuga de vocales

Antonio al enamorarse
a Inés palabra la dió
de casarse y la cumplió
pues se casó con Pilar.

Rompecabezas

Clavel

Tarjeta

Tragavientos

Adivinanza

Justicia

Inversas

Ratón-Notar

Rama-amar

Charada

Cabello

Jeroglífico

Zamora

Jeroglífico

Encajes

Jeroglífico

Un descamisado de sobremesa

TARJETA

Maria de Rondalar

Combinar estas letras de modo
que resulte el nombre de un célebre
actor español.

M. Quesada.

ACROSTICO

A.... En las cales
L.... Trabajo
M.... Lo que todos tenemos
A.... Preposición y conjunción
N.... Después del día
A.... Metal
Q.... Pesa
U.... Coyuntura
E.... Nombre de mujer
C.... En los trenes
H.... Para el pan
A.... Cosa invisible
R.... Donde vamos metidos
L.... Nombre de mujer
O.... Dos cada uno
T.... En el teatro.

P. Arquero.

TARJETA

H. TOLCAR

Combinar estas letras, de modo
que resulte el nombre de un perso-
naje muy conocido.

G. Larco.

ROMBO

— Consonante.
— En el calendario.
— Parte del cuerpo
— Ciudad italiana.
— En el comercio.
— Planta.
— Vocal.

CHARADA

Señorita, la "tres cuarta"
tras una "dos cuatro" iba
y armaron tan grande "todo"
que han roto una "cuatro prima".

M. Blanco.

ROMPECABEZAS

KKKKBLL

T. Gómez

OO

PO

J. Esteva

TRIÁNGULO

— Nombre de Musa.
— Tiempo de verbo.
— En cartas geográficas
— Participio en plural
— Verbo.
— Río de Italia.
— Vocal.

J. Sandoval

JEROGLIFICO

TOR

V. Cera.

FUGA DE VOCALES

n l. p. rt. d. t. c. s.
m. nc. ntr. n s. nt. m. g. rd.
y l. g. st. n. ltr. m. c. s.

T. Torrellas.

FUGA DE CONSONANTES

ue. a. ue. u. o. i. a. o. o. o. i. a.
C. del Carmelo.

EPIGRAMA

Cierto empleado tenía
fama de mal pagador
y cuentan que a lo mejor
esta frase repetía:
— "Señores, no hay que dudar
Soy esclavo del "deber".
— Esclavo debieras ser
(otro dijo) del "pagar".

J. Nistal.

CURIOSIDADES

Duda resuelta

Don Juan, duque de Braganza,
dudaba de aceptar la corona que le
ofrecían los portugueses. Su mujer,
Luísa de Medina Sidonia, le dijo pa-
ra convencerle:

— No dudes ni un momento....
Vale más ser rey de Portugal me-
dia hora que duque de Braganza
cien años.

Saber escoger

El célebre marino Juan Bart en-
vió a su hijo a dar cuenta de una

victoria al rey Luis XIV. Enterado
el monarca de que el joven también
había tomado parte en la batalla,
haciéndose notar por su arrojo, le
dijo:

— ¿Qué premio quieres?... ¿Una
charreta o una pensión?

— Ambas cosas son buenas — le
contestó el muchacho.

Y el rey le concedió las dos.

El hombre y las aves

El hombre, desde que nace hasta
los diez años, es jilguero.

De diez a quince, chorrito.

De quince a veinte, pollo.

De veinte a treinta, faisán.

De treinta a treinta y cinco,
gallo.

De treinta y cinco a cuarenta, pa-
vo real.

De cuarenta a cincuenta, cuclillo.

De cincuenta a sesenta, mochuelo.

De sesenta a setenta, grajo.

De setenta a ochenta, avestruz.

Desde ochenta en adelante, ni es
ave, ni hombre, ni nada.

Salvador Martínez.

La mujer y las aves

La mujer, desde uno a diez años
es pájaro mosca.

De diez a quince, golondrina.

De quince a veinte, ave de Pa-
raíso.

De veinte a veinticinco, tórtola.

De veinticinco a treinta, paloma.

De treinta a cuarenta, lechuza.

De cuarenta a cincuenta, cotorra.

De cincuenta a sesenta, avefría.

Desde los sesenta en adelante, ni
es ave, ni mujer, ni nada.

Salvador Martínez.

Longevidad española

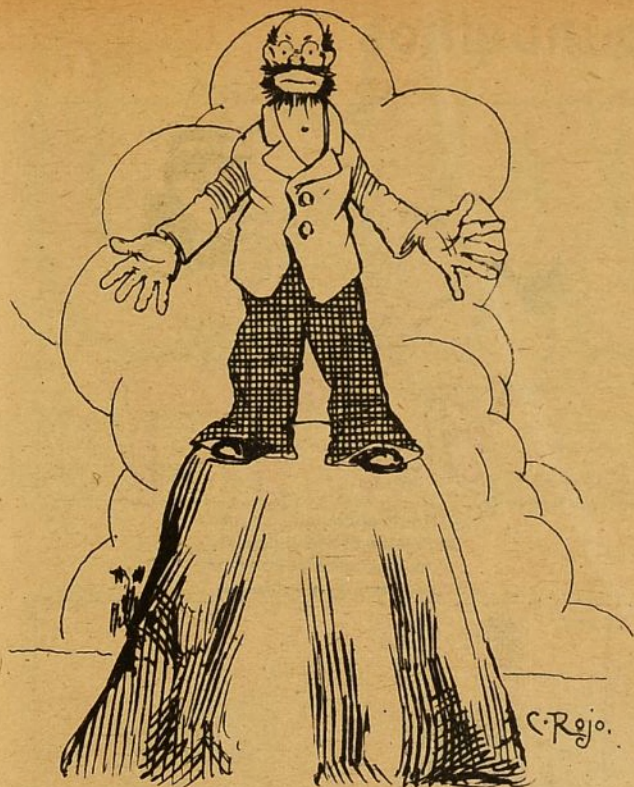
La "Revue Scientifique" publica
una curiosa estadística de la lon-
gevidad de los españoles, mediante
la que se demuestra que los indi-
viduos que pasan de cien años es-
tán en la proporción de 25 al mi-
llón; pero no en todas las regiones
es la misma relación.

En Soría, Alava y Tíeruel son
muy pocos los que viven un siglo,
mientras que en Andalucía, y espe-
cialmente en Málaga, de un millón
de habitantes suelen cumplir los
cien años 125, siendo las mujeres
las de mayor longevidad, y las zo-
nas marítimas del Sur las más fa-
vorables a la vida.

Los solteros viven más años que
los casados.

Tip-Lit, E. Estadella, Vallfogona, 24-28
— Teléfono G. 488, — Barcelona —

CORRESPONDENCIA



Nunca me había visto en posición tan elevada.



—Porqué los peces grandes se comen a los chicos?
—Pues, porque los chicos no pueden comerse a los grandes. Es cuestión de tamaño.

JEROGLÍFICOS



Por C. del Carmelo

Simbad: Su artículo resulta largo; envíe cosas más breves. Animo y esmérese. J. Esteba: Lo que envía ya lo teníamos. R. Montalban: Ya lo han enviado otros. M. Carmona: Otros se le han adelantado con lo mismo. A. Garzon: Se publicarán dos; los originales se envían franqueados con cuarto de céntimo. J. Neves: Se publicarán dos. J. Palma: Se publicarán arreglando algo. V. Gutiérrez: Se publicará uno. J. Martínez: No se ha publicado por ser excesivamente largo y poco ingenioso; envíe cosas más breves. P. Casadó: La página de Jeroglíficos no tiene premios. R. García: Se publicará uno. Vampiros-Alicante: Recibido marconifonemas, Viaje Cocoliche episodio 15. Temed a la Cocolichina. J. Carrasco: Enviando el importe en sellos de correos se le servirá. S. Marsal: Se publicará uno. Amadeo S: Fíjese que en el último número de cada mes aparece lo que pregunta. P. Silva: Se publicarán dos. F. Romeo: Se publicarán. E. Lías: No van. F. Codes: Lo que envía ya lo habían enviado otros. L. Delgado: Se han agotado el 1, 2, 3 y 23. El importe de los atrasados es 20 céntimos. No hemos determinado hacer tapas. El Solitario. Valencia: En el episodio 16 sabrá quien es Cocoliche, *que nunca jamás tembló...* J. Juneda, José Bellós y V. Gaspar: Se les recuerda que el original para imprenta se envía dentro de sobre abierto y franqueado con cuarto de céntimo, como los impresos. P. Naslona: La página de «Pasatiempos» no tiene premios.

Han enviado soluciones a los pasatiempos anteriores:

A. García, M. González, A. Rojas, M. López, Q. González, J. Fuerte, A. Cremades, E. Loscertales, M. Arana, F. López, J. Rivera, E. Vega, J. Costa, M. Sánchez, J. Pérez, P. Bejar, C. Mitchell, Un cesterero, J. Bola, Cielito, L. Capell, P. Nastonner, A. y E. Fernández, J. Rodríguez, J. Pont, J. Balbás.

“CHARLOT”

Precio de Suscripción:

Trimestre	1'50 ptas.	Extranjero	4 ptas.
Semestre	3' —	»	8 »
Año	6' —	»	15 »

Número corriente: 10 céntimos

Atrasado: 20

Cocoliche y Tragavientos

Graciosos episodios detectivescos

PRECIO DE SUSCRIPCION

Semestre: 1'50 pesetas.

Número suelto: 5 céntimos.

EDICION ESPECIAL DEL

ALMANAQUE

de este Semanario, al precio de 50 cts.

Redacción y Administración:

Puñchet, 37

Ayuntamiento de Madrid BARCELONA

Charlot y los buñuelitos



—El olor de aceite frito
trasciende hasta mi nariz.
¡Me sentiría feliz
si comiera un buñuelito!



—¡Hola amigo. Que olorosos!
Se sienten desde el camino.
—Les ha puesto V. comino?
Deben estar muy sabrosos!

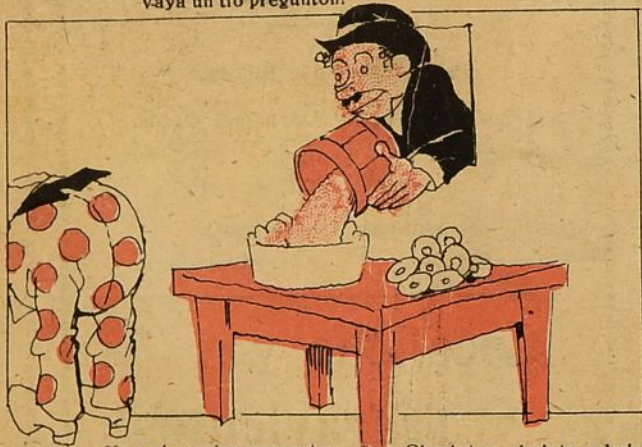


—Si lo són o no lo són
al comerlos lo sabré.
—Dispenseme.—No hay de qué
Vaya un tío preguntón!



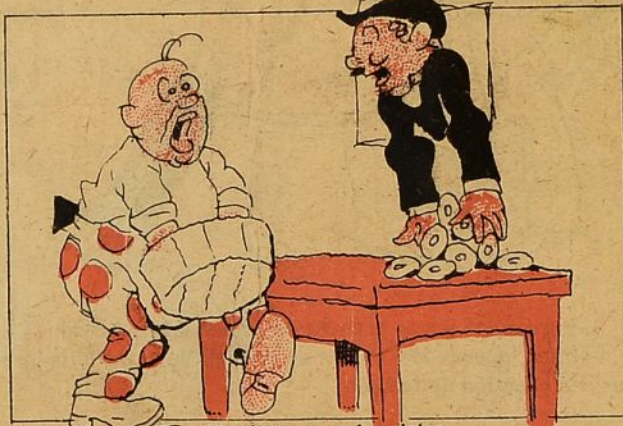
Charlot sin blanca se halla
y una idea le sugiere

pues él los buñuelos quiere
y por comerlos batalla.



Y en el preciso momento
que el dueño no le miraba,

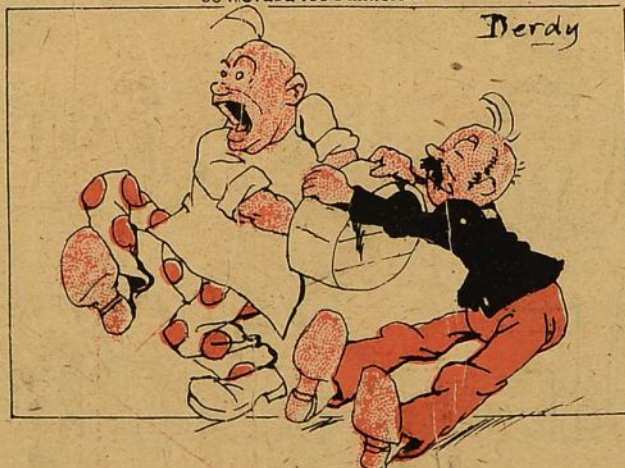
Charlot en el plato echaba
una mezcla de cemento.



El grito puso en los cielos
descubriendo el vil complot...
y mientras tanto Charlot
se llevaba los buñuelos.



Y al oír tanto gritar
dijo Charlot conmovido:
—Casi estoy arrepentido.
Se me van a indigestar!



Por fin le quitó el tormento
un compasivo vecino,
y aquí la historia termino...
porque aquí se acabó el cuento.